



Castillo de Olite (Navarra).

LOS CAPITELES ROMÁNICOS EN ARAGÓN

(CONTINUACIÓN)

Los claustros románicos benedictinos españoles llaman la atención por sus primorosas esculturas. Pocos son los que conservan en pie las cuatro estaciones con que se construyeran, figurando en los demás, al lado de galerías antiguas, remiendos modernos, o paredones, o informes pilares de ladrillo, como en San Juan de la Peña en dos de sus alas, la Este y la Sur, o alas de tiempo posterior, como en Alquézar (tres del siglo XIV).

Aragón posee dos cenobios benedictinos de esta época, «nobles por sus tradiciones, augustos por las sombras que vagan entre sus despuntillados muros, y solitarios cual morada sin dueño». Entre las breñas del territorio que se ha calificado de la Covadonga Aragonesa, está San Juan de la Peña, con una pesada roca por techo de su claustro, y dos galerías en que restan interesantes esculturas. Dentro de Huesca se ve San Pedro el Viejo» (1).

Las galerías de este claustro son continuas. Las alas Norte y Sur miden 15 metros de longitud. Sólo la Norte tiene columnas, pareadas la segunda y la cuarta, sencillas las restantes. Hay diez arcadas, apoyándose las de esquina en columnas adosadas. Los capiteles, por tanto, son once. El abaco corre por los machones de esquina, en forma de imposta, enlazando las crujías. La Oeste mide, como la Este, 10

(1) Serrano Fatigat, *Claustros románicos españoles*, en *La Ciudad de Dios*, números 599 y siguientes (año 1898).

metros de longitud. Tiene seis arcadas y cinco columnas, más dos pareadas, adosadas al muro de esquina. Son también pareadas la segunda, la tercera y la cuarta. Rematan ambas galerías en una cornisa, y descansan en podio de sillería moldurado. Las alas Sur y Este no conservan las arcadas románicas, que fueron sustituidas por otras de ladrillo, que desentonan en gran manera. Urge una concienzuda reparación de este claustro, ya apuntalado, y una restauración inteligente que suprima aquellos pegotes de ladrillo. En el ala Este hay tres capiteles románicos descansando en postizos pilares de ladrillo, produciendo feo efecto.

Las columnas son cortas, con influencia clásica manifiesta de la larga acción ejercida por Roma. Las basas conservan el perfil de las romanas mejor que el tipo cluniacense.

Opina Serrano Fatigati que las corrientes particulares benedictinas que influyeron en la fábrica de estos claustros en España no están determinadas, ignorándose en casi todos el momento preciso de su construcción. En términos generales, puede buscarse los modelos en Moissac, San Trófimo de Arlés, Elna y algunos otros. Pero los claustros aragoneses de San Juan de la Peña y San Pedro el Viejo difieren en los detalles de estos modelos ultrapirenaicos, como acontece en los catalanes de San Benito de Bages, Ripoll y San Cugat del Vallés.

En cuanto a la ornamentación, ya he dicho cómo son los ábacos y la imposta abilletada siguiendo las archivoltas.

Respecto a los capiteles, sabido es que el cuadro de la vida social entera de los siglos XI al XIII aparece en ellos, en los ábacos y relieves de los claustros románicos españoles. En los claustros benedictinos, en medio de la fauna y la flora, se nota mayor y más preferente atención en la representación de las escenas humanas, queriendo como tener ante su vista los monjes benitos el reflejo esculpido del mundo exterior. La composición de las escenas religiosas concuerda con las esculturas análogas de los monumentos extranjeros; pero con transformaciones y adelantos indígenas y con importaciones muy explicables, dada la vida azarosa de la España de aquellos tiempos. Hay cambios de formas, desde el siglo XI al XIII; pero con distinto carácter decorativo.

El monasterio de Silos, el de San Juan de la Peña y el de San Benito de Bages representan — dice Serrano Fatigati — algo análogo en Castilla, Aragón y Cataluña, tanto por la venerable antigüedad de lo que en ellos queda, respecto de lo que resta en otros claustros, cuanto por la importancia de su fundación. Comparando algunas de sus líneas entre si y con los demás claustros de la comarca se señalarán ante nuestra vista las influencias diversas que en ellos ejercieron su acción y los opuestos ideales artísticos que se acentuaban vigorosos dentro de una misma escuela.

La ornamentación de San Juan de la Peña contrasta con la de Silos, dentro de los límites en que hoy puede apreciarse aquélla. Todo lo que allí se ve se refiere a escenas de la vida de Jesús y otras santas imágenes. El nacimiento del Salvador es una de las esculturas mejor conservadas (ala Norte). En esta ala hay muchos capiteles deteriorados. En la otra son muy curiosas las escenas de la curación del paralítico, la resurrección de Lázaro, la entrada de Jesús en Jerusalén, la Cena, la Mag-

dalena a los pies de Jesús, la Anunciación, etc. En el ala Norte se observa las bodas de Caná, la escala de Jacob y Jesús bendiciendo, dentro de la *almendra mística*.

En la *masadería* del monasterio se conservan, aunque en mal estado, doce capiteles compañeros de dos que quedaron en el ala oriental del claustro cuando se renovó con pilares de ladrillo. Ofrecen fauna monstruosa y flora; son de factura distinta y más antigua: del siglo XI. Dijéronme que habían aparecido en el muro exterior al actual. No corresponden a las alas del claustro pinatense, que se rehicieron de ladrillo. Me fijo en el collarino primario del uno, de que carecen todos los capiteles del claustro, y en la factura más arcaica. Creo este claustro obra del primer tercio del siglo XII. Los hijos de Sancho Ramírez proseguirían acaso la obra pinatense que su padre dejara emprendida con la iglesia mayor.

Con decir que este claustro de San Juan de la Peña es ejemplar único por su disposición y aspecto, queda expresada su extraordinaria importancia. Impresionan vivamente al viajero aquellas cuatro galerías resguardadas, no por las cubiertas de madera que se ven en los claustros románicos de Ripoll, Santillana y Silos, no por las bóvedas de cañón corrido de los claustros de la catedral de Gerona, no por las bóvedas de arista de Tarragona y Aguilar, sino por la roca enorme que avanza elevándose, que no parece sino que va a desplomarse sobre el visitante. Las ennegrecidas galerías de San Juan de la Peña, que sufrieron tres incendios, cubiertas por grandes masas de roca, tienen un sello de originalidad cual no le presenta monumento alguno. El conjunto es ciertamente fantástico; a no dudar, lo que más impresiona en todo el monasterio; digno de haber sido recogido por el lápiz de Gustavo Doré. De esta dependencia dice el abad Briz Martínez que es la obra más admirable del monasterio; y le sobra razón, porque la vuelta de la peña (dejándole tanta luz como si el claustro estuviera descubierto al cielo) le sirve de un lienzo de pared colateral y de una inmensa cubierta, que pone horror levantar los ojos a ella. Y es cosa tan rara y prodigiosa, que lo está un hombre mirando y apenas lo puede creer, porque con sus muchas piedras mal seguras parece que todo amenaza caída, y no se termina la vista por lo mucho que se va remontando la vertiente de la gran cueva (1).

Es la iglesia de San Pedro el Viejo la más preciada y veneranda de Huesca. Su memoria se halla enlazada con la invasión sarracena, con la cautividad mozárabe y con la liberación de Huesca del yugo musulmán por Pedro I.

Cuando la morisma se apoderó de la ciudad en 1096, cedióse este templo a los cristianos mozárabes, con la facultad de celebrar en él los divinos oficios, y en este estado continuaron los mozárabes durante el tiempo de la dominación musulmana. Extinguida en Huesca merced al triunfo del hijo de Sancho Ramírez, a San Pedro el Viejo se dirigió la lucida comitiva del rey Pedro I a su entrada en la ciudad, para tributar homenaje al Dios de las victorias.

Días habían de llegar de mayor esplendor para la citada iglesia. En el año 1137, el rey Ramiro II, dejando el gobierno del reino a su yerno Ramón Berenguer, conde de Barcelona, retiróse a San Pedro el Viejo a terminar sus días dedicado al reco-

(1) Véase mi obra *El Real Monasterio de San Juan de la Peña* (Zaragoza, 1919; 178 páginas en 4.º, con láminas).

gimiento y a la oración, como había hecho en San Ponce de Tomeras (del que dependía aquél) antes de su exaltación al trono. Con este objeto mandó edificar junto a la iglesia habitaciones para sí y sus capellanes, y aumentó las rentas del monasterio. A él se debe, sin duda, la obra de renovación del claustro y sus capillas, que quedó además destinado a sepultura de nobles próceres, como lo revelan los epitafios.

«Que sea este claustro y capilla de San Bartolomé — dice Aynsa (1) — obra del rey D. Ramiro, échase de ver en su magnificencia, pues para aquellos tiempos era obra costosa y de primor, porque todo él está lleno de columnas, cuyos capiteles son entallados de más de medio relieve de historias de la Sagrada Escritura, y otras labores hechas a lo grotesco (*sic!*); el techo de todo él y la bóveda de la capilla estaban asimismo muy historiados y vistosos, con alegres y salidos colores e historias, cuya gran parte aun se ve.»

Mas ¿es acaso el claustro que hoy admiramos el mismo que fué testigo de las penitencias del rey monje? Desgraciadamente, no. Y decimos esto, porque la restauración que sufrió merced al entusiasmo de Cánovas del Castillo, fué arbitraria y exagerada.

Son principios fundamentales de toda inteligente restauración el respeto a la unidad de plan y de estilo, acomodando al antiguo la obra nueva y conservando todo lo anterior, mientras no sea inútil o de ningún mérito; aprovechamiento de los materiales viejos para utilizarlos en la reconstrucción, sin añadirle piezas nuevas, siempre que el objeto pueda subsistir con las antiguas; descubrimiento de la parte antigua, sin ocultarla o embadurnarla con pinturas decorativas, y menos con revoces o blanqueos, dados a los sillares, si se trata de obras arquitectónicas; conservación del aspecto de antigüedad, evitando el rascar o picar los objetos y las paredes para darles apariencias de construcción nueva; mano hábil para la ejecución acertada, sin pretender milagros de la misma. ¿Se observaron en la restauración estas elementales reglas? Ciertamente, no. ¿Por qué, por ejemplo, se retiraron, y, por tanto, no se aprovecharon hermosos capiteles, hoy depositados en la planta baja del Museo provincial? Lo ignoramos.

Por la cuantía de su decoración, no hay en Aragón claustro alguno que lo supere; a lo sumo, el de San Juan de la Peña le iguala en riqueza escultórica. Pasajes de la vida y pasión de Jesús; escenas tomadas de los Sagrados Libros; caprichos sugeridos al artista, bestiarios, flora varia (mucho trébol), entrelazos de serpientes y ramas, lacerías, piñas o racimos con hojas digitadas, de origen morisco; pájaros y animales fantásticos de influencia asiática son los motivos preferentes esculpidos en sus capiteles.

Comparando los claustros de San Juan de la Peña y San Pedro el Viejo de Huesca se reconoce comunidad de región y proximidades de fecha; hay parentesco de motivos ornamentales en los ábacos. Pero los temas de San Juan de la Peña (al menos en lo que hoy queda) son casi exclusivamente tomados de los Sagrados Libros, mientras que en San Pedro el Viejo (sin faltar éstos) hay profusión de re-

(1) *Fundación, excelencias, grandezas y cosas memorables de la antiquísima ciudad de Huesca* (Huesca, 1639; página 541).

presentaciones zoomórficas, y de luchas de hombres y fieras, y de caza, así como de lacerías, con elementos vegetales y serpientes, de gran fuerza decorativa y verdadera originalidad, de que carece el claustro pinatense; como no tiene el oscense el entrelazo arábigo que tan bien representado está en Loarre.

Serrano Fatigati atribuyó los *motivos estrambóticos* del claustro de Huesca al calor del genio patrio en amalgama con las influencias francesas y los recuerdos de la batalla de Alcoraz, que decidió la toma de la ciudad. En realidad, no son más que los influjos orientales usuales, traducidos en caprichos fantásticos bien característicos.

En la crujía Norte del claustro de Alquézar, insigne canónica agustiniana fundada por el rey Sancho Ramírez (única románica del siglo XI-XII, pues las otras tres son obra del siglo XIV), hay columnas pareadas, con doble capitel esculpido. Son estos muy curiosos, y representan: dos obispos, con mitra y báculo, asistidos de tres sacerdotes, éstos con libros en las manos; una cabeza con alas y piernas entrecruzadas en posturas raras (¿los ángeles malos?); tres series longitudinales de cabezas humanas, con adornos la primera; debajo de arquillos de medio punto la segunda y tercera (a imitación de los dipticos orientales); un ángel alado; el Buen Pastor, con gran cayado y quince ovejas colocadas verticalmente, y dos figuras dándose las manos; el Buen Pastor con dos ovejas escapadas del redil, atadas; el Apostolado (figuras en pie), y Adán y Eva junto al árbol del Paraíso. Por estas muestras coligese la riqueza escultórica que tendría el claustro alquezarense. Los ábacos son preciosos, figurando entrelazos.

Como la iglesia de Alquézar (la anterior a la actual) fué consagrada en el año 1099, cabe colegir la labra de estos capiteles a fin del siglo XI o, a lo sumo, en el primer tercio del XII. San Juan de la Peña y Alquézar (comenzadas ambas iglesias por el mismo rey Sancho Ramírez) se distancian poco cronológicamente.

La composición de las escenas religiosas concuerda con las esculturas análogas de los monumentos extranjeros, con cambios y modificaciones de líneas que acusan las influencias de razas diversas ejercidas en España al través del tiempo.

Al lado de los pasajes religiosos se ven, como he dicho, escenas humanas de carácter profano: escenas de caza; niños viendo luchar fieras (Loarre, Agüero), temas militares (lucha de guerreros ecuestres, en un ventanal de la iglesia del castillo de Loarre), de la vida civil (portada de Agüero, Veruela — escenas de Caco —), símbolos, imágenes grotescas, trabajos humanos, centauros, de origen clásico (Agüero), animales de cuello retorcido, plantas, serpientes y aves de presa. El claustro oscense de San Pedro el Viejo es un magnífico ejemplar de iconografía románica.

Insigne monumento románico español es la catedral de Jaca, mandada construir por el rey Ramiro I. La parte que consagraron los obispos en el año 1063 fué sólo el crucero y los ábsides. Al final del siglo XI, según Lampérez, debian estar hechos los muros del perímetro, el pórtico del hastial y el principio de la torre, que, de acuerdo con el programa de dicho rey, se levanta sobre la puerta principal. Ésta lleva pórtico o nártex de bóveda de cañón de directriz de medio punto sobre columnas. Los capiteles son de rudas pencas, de escaso relieve y trazos muy rígidos,

como obra del final de aquel siglo. También son de este tiempo los dos ábsides laterales semicirculares y parte del central, prolongado en el siglo XVIII. Presentan capiteles con predominio de flora.

La cabecera es de estilo fuerte y sencillo, con pilares de planta cruciforme y columnas adosadas y bóvedas de horno en los ábsides y de medio cañón semicircular en los brazos del crucero. En el centro de éste, una linterna con cúpula de cuatro nervios cruzados sobre trompas, debajo de las cuales, en los ángulos del tramo, debió haber estatuas sustentadas por ménsulas con los símbolos de los Evangelistas esculpidos, que aun existen. Los capiteles de esta cabecera, de escuela francesa del Sur, son cúbicos, de poco relieve, con figuras bíblicas unos y con entrelazos y pencas otros, análogos a los de la portada principal.

El brazo mayor de la iglesia, dividido en cinco tramos, es posterior, ya muy avanzado el siglo XII, como lo revelan su estructura y la esmerada labor de los esbeltos capiteles. Los apoyos son alternativos, o sea pilares y columnas. Los capiteles de éstas son de mucha altura, muy clásicos por los motivos y su desarrollo, y el sector adornado con perlas, al modo oriental. Predomina la flora (acanto) como motivo ornamental.

Aprovechados de distintos sitios, hay en la lonja menor, o ingreso lateral, otros capiteles muy curiosos, representando un ángel, espada en mano, expulsando a varias fieras (demonios o ángeles malos, o los pecados); San Juan con el Cordero místico; bestiarios, hojas estilizadas, etc. Son del siglo XII, como también dos de la capilla del Pilar, en el claustro, colocados invertidos, uno de los cuales ofrece figuras monstruosas sentadas; el otro es de imitación corintia, muy bella.

Es una excelente colección de grandes capiteles del mejor momento románico francés la de esta catedral jaquesa.

En el magnífico castillo de Loarre y en la iglesia de Santiago, de Agüero, pueden observarse todas las influencias y todos los motivos escultóricos de decoración (1).

En la iglesia parroquial de Agüero (portada), temas de fauna (caballos), una cabeza barbada, estrangulada por dos monstruos, un grifo y varias águilas, y en el timpano un *tetramorfos* de mucha rudeza (fin del siglo XI). Como muestra de realismo clásico, un capitel de la portada de la iglesia de Santiago en aquel pueblo, que figura una dama con indumentaria de época, desnudos los senos; y otro del interior, con un bello niño desnudo, con indicación de sexo. Flora, únicamente en el claustro viejo de la catedral oscense. Fauna y flora, de modo parco, en el de Roda (siglo XII).

Los capiteles esculpidos se hallan, por modo corriente, en las portadas. En los ejemplos más sencillos, la iconografía en aquéllas se limita a los capiteles. En otras,

(1) En el castillo de Loarre hay 28 capiteles esculpidos, cifra respetable teniendo en cuenta que no hay claustro, y que demuestra la magnificencia que es la fábrica se despliegue, para ser castillo requerido. Véase la descripción de ellos en mi libro *El Castillo Real de Loarre* (Biscaya, 1917), págs. 17 y 18. Predominan los motivos de imitación romana y de faunas, y destaca los que significan el espíritu infernal testificado al hombre; David y los leones que le muerden la túnica; grifos con entrelazos, y los vicios y los pecados, en la arquería abacial; Adán y Eva, en un arco toral.

En la iglesia de Santiago, de Agüero, desuellan los de la portada, con temas zoomórficos: David tocando el arpa; una dama con el cabello suelto y los senos al aire, que se dormía; dos guerreros, con elíptos y maza; centauros, y un guerrero de busto varonil y cuerpo de cerdo, con arco y carcaj. Los capiteles-ménsulas del distel representan a Adán y Eva, desnudos, saliendo de la boca de sendos monstruos. Hay profusión de capiteles en el interior, arcos torales y formeros y arquería abacial.



REAL MONASTERIO DE SAN JUAN DE LA PEÑA. — DETALLE DEL CLAUSTRO (CRUJÍA OCCIDENTAL).

Fot. F. de las Heras.



REAL MONASTERIO DE SAN JUAN DE LA PEÑA. — CAPITELES RESTAURADOS DEL CLAUSTRO.



Fots. R. del Arco.





ALQUÉZAR. — EL BUEN PASTOR. CAPITEL DEL CLAUSTRO DE LA COLEGIATA.



ALQUÉZAR. — CAPITEL ROMÁNICO DEL CLAUSTRO DE LA COLEGIATA.



ALQUÉZAR. — CAPITELES ROMÁNICOS DEL CLAUSTRO DE LA COLEGIATA.



Fots. R. del Arco.





HUESCA. — SAN PEDRO EL VIEJO. CAPITEL
HISTORIADO DEL CLAUSTRO.



HUESCA. — SAN PEDRO EL VIEJO. CAPITEL
DEL CLAUSTRO.



HUESCA. — SAN PEDRO EL VIEJO. CAPITEL
DEL CLAUSTRO.



HUESCA. — SAN PEDRO EL VIEJO. CAPITEL
HISTORIADO DEL CLAUSTRO.

Fots. F. Oltre.





HUESCA. — SAN PEDRO EL VIEJO. CAPITEL
DEL CLAUSTRO.



HUESCA. — SAN PEDRO EL VIEJO. CAPITEL DEL CLAUSTRO.
CRISTO Y SANTO TOMÁS.



HUESCA. — SAN PEDRO EL VIEJO. CAPITEL DEL CLAUSTRO. LA FLAGELACIÓN.
Fots. F. Oltra.



acompañan a la puerta bárbaras esculturas representando monstruos luchando con el hombre, o un animal tranquilo. La portada de la iglesia de Tolva (Ribagorza) presenta semejante disposición. Dúdase de si se trata de temas ornamentales o de la expresión alegórica de la lucha del bien y del mal, o de la materia contra el espíritu; pero la lectura de los *bestiarios*, con su constante interpretación moral de la Naturaleza, hace pensar en estos últimos (1). Otras veces, como en Loarre, es el *tetramorfos*, con ángeles y apóstoles.

En los capiteles de la portada de Santa Cruz de la Serós, fauna y flora solamente; catedral de Jaca (atrio) y capilla del Pilar, fauna y flora y escenas religiosas; Aínsa, muy toscos, con dibujos, seguramente aprovechados de otra construcción anterior, del siglo XI; Casbas, y claustro catedralicio de Huesca, flora; Fraga, escenas humanas y *bestiarios*; Chalamera, fauna monstruosa, caprichos, lacerías; Agüero, figuras humanas, monstruos y predominio de luchas de fieras; Roda, temas de la huida a Egipto, visita de los reyes a Herodes, el Nacimiento, la Epifanía y escenas de la vida de San Valero. Su escultura es parecida a la de Agüero, acaso de igual procedencia. Como la técnica clasicista de algunos capiteles de la catedral de Jaca y de la iglesia monacal de Santa Cruz de la Serós (los aprovechados para la pila de agua bendita), revela igual mano, y además el collarino idéntico en unos y otros, como lo es la labra de algunos. Ya hemos señalado, y las señaló antes André Michel, las analogías de los timpanos de entrambos templos, cosa no rara dada su proximidad.

Sos, cuya iglesia de San Esteban consta de tres naves. Sus cuatro pilares aislados, y los doce adosados a los muros, ostentan capiteles muy interesantes, con billetes en los ábacos. También los hay en la portada, con motivos de flora y fauna.

Las portadas de la parroquial de Uncastillo, monasterio de Cambrón (Sádaba) y Ejea (Santa María y el Salvador), ostentan abundancia de capiteles labrados, del siglo XII. La portada de la iglesia monacal de Veruela es abocinada, de cinco archivoltas, con decoración de rosáceas de escaso relieve en los chaflanes. Descansan los arcos en columnas monocilíndricas con capiteles de flora, ya sencilla y elegante, ya más profusa y complicada, y tres historiados: uno con basiliscos, otro con cuadru-manos, y otro, muy curioso, que parece representar el pasaje mitico de la captura de Caco (figurado amarrado al cuello con recia cuerda y con una gallina en la mano, que acaba de robar) por dos sujetos, en el Moncayo (*mons Caci*, o monte de Caco) (2).

La portada llamada del Miserere, en el mismo monasterio, y otra (hoy oculta por una escalera) abierta asimismo en el muro meridional de la iglesia, tienen capiteles de flora muy estilizada, solamente. Los ábacos, también de follaje serpeante. Son del último periodo románico las tres portadas (3).

(1) Puig y Cadafalch, ob. cit., pág. 792.

(2) José María López Landa: *Estudio arquitectónico sobre el Real Monasterio de Veruela* (Lérida, 1918), pág. 24.

(3) Aquí, como en otros monasterios del Císter (Casbas, en la provincia de Huesca, y Sigüenza; de monasterio de Sisternerense, aunque fué de la Orden Sanjurrista), las representaciones de seres animados e históricas, antes de desaparecer por completo de los templos, en virtud de la severa proscripción de San Bernardo, buscaron refugio en las portadas exteriores, donde no podían causar el pretendido escándalo que en el interior.

Capiteles del siglo XIII, además de los citados, en las portadas de Berbegal, Salas, Anzano, Foces (Huesca) y San Miguel de Daroca, con predominio de flora y lisos algunos.

Esta misma ornamentación del siglo XIII se observa en los claustros de los grandes monasterios cistercienses de Veruela, Rueda y Piedra, románicogóticos, singularmente, por ser más puros, en los ingresos a las salas capitulares, del más bello estilo románico, con archivoltas semicirculares en el arco de paso y en los ventanales.

Las series de capiteles que forman parte de las columnas sustentantes son muy variadas, aunque dentro del tipo de lacerías y flora, como en las portadas de tipo lemosín del último periodo (Salas, en Huesca; Anzano, Foces y Daroca).

También se los ve en las arquerías absidales (notabilísimas las de Loarre y Agüero, Ovarra, Luna, Chalamera, Murillo de Gállego); en las ventanas, que no son, en rigor, sino portadas de dimensiones reducidas (en el ábside, Berbegal, de fin del siglo XI, con flora; Loarre, el mejor de todos, en tres zonas superpuestas, asentando sobre la roca viva, con figuras humanas y monstruosas y motivos de flora; catedral de Jaca, Sigüenza, Casbas, Murillo, etc.). En los muros laterales (Loarre, muy notable el ventanal del muro Norte, con luchas de guerreros ecuestres, y en los restantes, tanto en la cara exterior como en la interior del muro). En los campanarios, verbigracia, Santa Cruz de la Serós, uno de los mejores ejemplares españoles de la primera mitad del siglo XII, con tres cuerpos de ventanales mainelados. Aínsa, muy robusto, con dos ventanales por cara, encima una imposta y luego un gran ventanal, que es una verdadera portada, pues tiene tres archivoltas en gradación de gruesos baquetones, y columnas con capiteles historiados, lo cual le da un carácter típico. San Pedro de Ayerbe, también de dobles ventanales con parteluz, con capiteles esculpidos, seguramente de la misma mano que los del vecino castillo de Loarre, Sieso, Sigüenza, etc., todos de la misma centuria.

En cuanto a la decoración interior de los muros de la nave, se los ve en columnas y pilastras, ya aisladas, cuando la iglesia es de dos o tres naves (ejemplo: iglesias de Jaca, Santiago de Agüero, San Esteban de Sos y Murillo de Gállego), ya adosadas al muro, como caso común. Hay hermosos capiteles, con variedad de temas, sustentando los arcos torales y formeros, o simplemente las impostas, en Jaca, castillo de Loarre, Santa Cruz de la Serós, Agüero, etc. (siglos XI al XIII). Los que se ven en la iglesia parroquial de este lugar, sobre los pilares, aprovechados de la fábrica antigua (transición XI-XII) en la reedificación parcial, son de enorme tamaño, y pueden presentarse como tipos (*bestiarios* y figuras humanas). En algunas iglesias no hay capiteles para los arcos torales (ejemplo: San Pedro el Viejo, de Huesca, tipo francés del Poitou — primera mitad del siglo XII —, aunque severo y sobrio; Casbas, cisterciense, que no tiene ni un capitel con figuras; solamente hojas levemente acentuadas en los capiteles de la portada, y los ventanales sin columnas; Sigüenza, de austereidad cisterciense, aunque fuese cenobio sanjuanista).

En la provincia de Zaragoza, y comarca citada de Cinco Villas, hay abundantes y preciosos capiteles del siglo XII, en el interior de las iglesias de Murillo de Gállego, Uncastillo, San Esteban de Sos, El Frago, Lacasta, Daroca y, sobre todo,

Luna. Los capiteles de la iglesia monacal de Veruela son muy variados, y en general de noble y austera belleza. Un ilustrado autor (1) los ha clasificado en tres grupos: unos, los más sencillos y de mayor antigüedad (casi todos los de la cabecera), son de forma acampanada, desprovistos de todo adorno varios, y los demás con ornamentación sumarísima: hojas de muy escaso relieve, pomos y cestas. Son del último tercio del siglo XII. Los del segundo grupo presentan ya decoración vegetal profusa y rica: frondas y vástagos rizados caprichosamente (los pequeños de la capilla mayor y casi todos los de la nave alta); y finalmente hay dos entre los que sostienen los arcos transversales de la nave mayor y muy próximos al muro que la cierra, que habría que llevar a un grupo aparte, por ser francamente historiados, es decir, de los proscritos por San Bernardo (sabido es que la fábrica de Veruela es cisterciense): uno con basiliscos y otro con simios. Pertenecen al comienzo del siglo XIII. Otros dos capiteles como éstos hay en la portada.

También hay capiteles en las criptas o *confessio* de las iglesias, verbigracia, en la de Aínsa, con cabezas y monstruos muy toscos, acaso del siglo XI en su final; Pertusa, con hojas, y Loarre, varios motivos (siglo XII). En la de Roda había capiteles, pero en la renovación desaparecieron. También los hay en la de Alaón. En la provincia de Zaragoza, Murillo de Gállego, con flora y fauna, y Sos, con monstruos y flora (2) (siglo XII).

Los capiteles de las criptas suelen tratarse de modo más sumario que los del resto del templo, aunque no difieren los temas ornamentales.

Los hay asimismo en las columnillas que sustentan los sarcófagos del último período: Sigüenza, al exterior; Foces, ya influidos en el resto de gótico (año 1259); ermita de San Salvador de Selgua; van, por lo general, ornados de entrelazos.

En cuanto a escultura ornamental en edificios de destino civil, podemos presentar la estancia denominada *Sala de Doña Petronila*, en el Palacio Real de Huesca, seguramente oratorio, cuya puerta principal, hoy tapiada, se observa en el muro Oeste. Persuaden de su destino religioso, y no de vivienda, la planta, disposición y exorno empleados; por ejemplo: figuras de monjes y santos con libros, emblemas y atributos, en los más de los capiteles de la arquería que circunda los muros (3).

Sobre saliente podio va aquélla, con columnas monolíticas provistas de labrados capiteles. Hay algunos, sin embargo, con sólo leves dibujos geométricos. Entre estos arcos hay gruesas columnas bastante salientes, que son las que se elevan hasta la bóveda, curiosamente ornadas hacia su mitad con una guirnalda de grumos y follaje. Este detalle, la disposición del exorno y la labra de las esculturas, adjudican a esta parte del edificio la fecha del último cuarto del siglo XII. Seguramente fué obra del rey Alfonso II.

Respecto a escultura decorativa en edificios de índole militar, es ejemplar estupendo el castillo de Loarre. Aparte la iglesia y la cripta, hay ventales ajimezados,

(1) José María López Landa, ob. cit., pág. 20.

(2) En el zócalo de uno de los plásteros de esta cripta hay grabada una inscripción primitiva, que no puede leerse por haber quedado el actual pavimento unos 30 centímetros más alto que el verdadero. (Luis de la Figuera, *La iglesia románica de San Esteban de Sos*, en el Boletín del Museo provincial de Bellas Artes de Zaragoza, núm. 3, año 1919, pág. 5.)

(3) La altura de la sala se disminuyó recientemente con una falsa bóveda; las columnas de estructura de la verdadera continúan por encima. Existe el proyecto de restablecerla.

con capiteles sencillos en las columnillas, en el muro oriental. El llamado *Mirador de la Reina*, en la planicie alta, presenta los capiteles con hojas, con sus ábacos que se prolongan en imposta, sobre los que cargan las dos archivoltas del ventanal (1).

En el Museo Arqueológico provincial de Huesca se conservan, además de diez capiteles auténticos del claustro de San Pedro el Viejo y de dos recientemente hallados al derribar la plaza de Toros, y que proceden del convento de San Juan de Jerusalén, románicos del siglo XIII, uno con decoración vegetal y otro historiado; se conservan, digo, tres, de aquel siglo también, de piedra arenisca, para doble fuste, decorados con figuras de aves y monstruos, procedentes del claustro del famoso castillo abadía de Montearagón, a la vista de Huesca, y de 30 centímetros de altura.

RICARDO DEL ARCO.

(Concluirá.)

(1) Véase mi obra *El castillo real de Loarre* (Huesca, 1917, pág. 26).

